

EL IRIS

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA.

DIRECCION—AGUSTIN DE VEDIA.—COLABORACION—TODAS LAS INTELIGENCIAS LITERARIAS.

APUNTES PARA LA HISTORIA

DE LA

REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY.

DESDE 1825 A 1830.

POR D. CARLOS ANAYA.

(Continúa.)

Instalada en la Florida la representación nacional, é interpretando la voluntad de los pueblos, dirigió al gobierno argentino la nota de que hemos hecho mención y que, á continuación reproducimos:—«Exmo. Sr.:—Después de nueve años de injusticias y de opresiones, en que estos pueblos abandonados á su triste destino, arrastraban cadenas mas pesadas que las del despotismo peninsular,—cansados de aguardar en vano el amparo de sus compatriotas para el recobro de su dignidad, alzaron con orgullo su frente, tomando las armas, y entraron en lucha desigual contra el emperador del Brasil. Los primeros sucesos de la nueva campaña han sido otros tantos tímbrs de gloria para los orientales. Sin recursos, y sin mas apoyo que la energía de su valor, han hecho sentir mas de una vez á sus contrarios la distancia que media de libres á esclavos. ¿Qué sería con el concurso de sus hermanos del territorio unido? Ellos demandan y reclaman con urgencia su auxilio y protección. Son incuestionables su título y derecho á merecerla. Que llegue pues, Exmo. Sr., ese día feliz por que suspiran los amigos de la humanidad. A V. E. está reservado el lauro de hacerlo lucir en este horizonte con los rayos de la libertad. La Provincia Oriental en medio de los riesgos y conflictos de la guerra que sostiene, ha afianzado por su parte cualquier escollo que detuviera el término de sus desgracias, rompiendo á la faz del mundo los vínculos con que sus opresores la ligaron á los tronos de Portugal y del Brasil; ha declarado su independencia, su unión á las del Rio de la Plata,—constituido su gobierno legitimo en la persona benemérita del general D. Juan Antonio Lavalleja, y nombrado sus Diputados al Congreso General.... ¿Qué le resta que hacer?....

En este estado y por el órgano, de sus Representantes, se pone bajo los auspicios de V. E., como encargado del Ejecutivo Nacional y pide la dirección de las supremas órdenes para marcar su reconocimiento, respeto y obediencia.

Saludando á V. E. con la mas alta consideración—Sala de Sesiones de la Representación Provincial en la Villa de San Fernando de la Florida á 2 de Setiembre de 1825—Juan Francisco de la Robla, diputado por la Villa de Gua-

dalupe, presidente—Luis Eduardo Perez, diputado por San José—Atanasio Lapido, diputado por la Villa del Rosario—Gabriel Antonio Pereira, diputado por la Villa de Concepcion de Pando—Cárlos Anaya, diputado por la ciudad de Remedios—Manuel Calleros, diputado por la villa de Remedios—Joaquín Suarez, diputado por la Florida—Juan de León, diputado por San Pedro—Juan Tomas Nuñez, diputado por el pueblo de Bacas—Juan José Vasquez, diputado por San Salvador—Santiago Sierra, diputado por San Isidro de las Piedras—Mateo Lázaro Cortés, diputado por la villa de Concepcion de Minas—Ignacio Barrios, diputado por la villa de las Vitoras—Simon del Pino, diputado por San Juan Bautista—Felix Alvarez Ben-gochea, secretario.»

Mucho tardó en contestar el gobierno argentino, pesando sin duda en su balanza política los beneficios y contradicciones que pudiera ofrecerle la guerra oriental, y sus compromisos con el imperio brasileiro,—impelido por otra parte vigorosamente por la opinion manifiesta de las provincias, aun de la misma Buenos Aires, á tomar parte en favor de la causa oriental, opinion sin embargo, no tan desinteresada, que dejara de tener en vista lo importante de la reconquista de aquella provincia que el general Artigas le habia arrebatado. Estas reflexiones, pues, hacian vacilar al gobierno argentino en su resolucion sobre la causa oriental, á pesar de que la victoria del Sarandí habia abierto á los libertadores las puertas de un brillante porvenir. Esperámos....

La goleta *Libertad* que zarpó de Buenos Aires, despachada por D. Pedro Trápani con auxilios de guerra al ejército Libertador, acompañados de varios patriotas que acudían á prestar su contingente á la gran obra emprendida, arribó al puerto del Buseo observados desde Montevideo por el enemigo, que trató de apresarla, pero obraron con bastante lentitud para permitir que se desembarazase al buque de la carga y se salvaran los conductores auxiliados eficazmente por un vecino patriota,—todos los que se incorporaron al ejército con los elementos de guerra que conducían. El buque que quedó anclado en el puerto, fué incendiado por las lanchas de la plaza. Mas tarde sus propietarios de Buenos Aires fueron indemnizados del valor del buque.

Lanzando una mirada retrospectiva, vamos á apreciar rápidamente los buenos efectos del primer decreto del comandante Lavalleja que imponía la pena de muerte al que cometiese un robo cuya importancia subiera de cuatro reales, resolucion indispensable que tuvo el poder de conjurar el escándalo y hacer desaparecer los mas tímidos abusos. Dos vecinos del Miguelete maltrataron y robaron á dos antiguos españoles conocidos por los «Dos hermanos», que vivían pacíficamente en su quinta del Matza con negocio de almacen. Averiguado el hecho y aprehendidos los criminales por el gefe sitiador coronel Oribe, fueron fusilados inmediatamente.

Este ejemplo puso un punto final al desorden en todo el país, que podía transitarse con dinero y sin ninguna clase de precaución. Prueba de esto es, que semanalmente se conducían a la Tesorería de diez á doce mil pesos fuertes, de las receptorías de la línea sobre Montevideo, confiados á un individuo contratado que jamás sufrió la mas leve agravación.

Discurrido algun tiempo desde el triunfo del Sarandi, durante el cual seguía en sus funciones el gobierno provisoriamente resolvió S. E. el general Lavalleja asumir los cargos de que estaba investido por sanción legislativa, y agraciándolo sus servicios á los beneméritos ciudadanos que habían llenado sus puestos con honor é integridad, instaló su gobierno en el pueblo del Durazno, nombrando por ministro de Gobierno y hacienda á D. Carlos Arias, y encarando de la guerra al comandante D. Pedro Lengua.

En estas circunstancias apareció un comisionado especial de uno de los secretarios de Estado del Gobierno argentino con una carta confidencial dirigida al gobernador Lavalleja, en la que se solicitaba:—que el gobierno oriental desistiese de inculcar sobre la intervención armada del gobierno argentino, continuando como hasta aquí su marcha triunfal contra los opresores imperiales, que la constancia y el valor oriental vencerían al fin; contando para ello, y siempre, con todos los auxilios que estuviesen en la esfera del Poder Ejecutivo argentino prestados con prudente reserva y sin trascendencia alguna. La contestación que dió el Gobernador Lavalleja estaba concebida sustancialmente en estos términos:—«Cuando el general en jefe adoptó la resolución de libertar á su patria del poder invasor que la tiranizaba, no contó sino con los pechos y el valor de los orientales; arrojando los riesgos y los peligros que á tan grande empresa debían amenazar; que estaba resuelto á triunfar ó sucumbir en la demanda; que sino estaba en la política del gobierno argentino unir sus esfuerzos á causa tan justa era dueño de resolver segun le aconsejase sus intereses; que los auxilios que el ministro le ofrecía, exigiendo compromisos que no conoce, bajó las sombras y la simulación, le ofendían altamente, y no está en el caso de emprender, aventurando esas eventualidades tenebrosas, sus precederes legales; esperando en fin con la resignación del patriotismo, el resultado de su esfuerzo.»

Entregada esta contestación, que redactó el que escribe estos apuntes, al comisionado especial del gobierno de Rivadavia, regresó éste á Buenos Aires á últimos de Diciembre.

Habiéndose el que habla en Maldonado, en comisión oficial, arribó á este puerto un buque que conducía al italiano Birginio, que complicado en el alzamiento de Riego, en España, fué aprehendido y despues de sufrir dos años en una rigorosa prision, desterrado de la península. Hablándole el que escribe, de la lucha que los libres sostenían contra el imperio brasileiro, instruyéndole de su estado guerrero y del hélico entusiasmo que le dominaba, le espresó Birginio que estaba animado de iguales sentimientos, y que era soldado donde quiera que se luchaba por la libertad; que tenía el grado de teniente coronel de artillería y que estaba dispuesto á asociarse á la causa. Habilitado de equipaje y de montura, marchó al cuartel general y se apersonó al general en jefe, que aceptó sus servicios.

No será exagerado todo cuanto se diga en encomio de los servicios que en favor de nuestra causa rindió el patriota italiano. Puso al ejército en un pie de disciplina y de civica moralidad que no tenía; descuartó cañones ocultos en los montes desde la época en que se lidiaba por la independencia; y los estrajo tambien de Canclones á donde fué en-

viado en comisión militar, embargó rodados de coches, berlinas, carretones, etc., y colocó una batería á la vanguardia del ejército, poniéndole á cubierto de las sorpresas enemigas, y en su actividad prodigiosa, llegó hasta colocar piezas de artillería sobre los techos de las carretas, cuando otros elementos le faltaban. La envidia, que nunca perdona la superioridad, le hostilizó con sus dardos, hallando un mozo que pretendo en su calidad de extranjero, y apesar de la noble indignación que sublevó en el general en jefe, siguió su marcha rastrera, hasta que exasperado el comandante Birginio pidió su pasaporte para Buenos Aires donde fueron admitidos sus servicios.

(Continuará.)

LOS NEGROS DE AFRICA

Y SUS IDIOMAS.

II.

Esta tan generalizada hoy día la vulgarización de las ciencias, que nos parece muy propio tratar de hacer aquí, para el periódico literario *El Ins*, lo que se hace en los demas países para los periódicos de literatura.—es decir, contribuir á esa vulgarización con algunos artículos que tengan relacion con una parte de la población del país, con sus costumbres ó con sus aspiraciones.

En esta tierra republicana los negros no pueden pasar por unos desheredados, enteramente privados de toda clase de intereses en todo cuanto tiene relacion con sus hábitos, su modo de ser, su origen, su lengua; son bastantes los que hay todavía en el país, y los recuerdos de lo que fueron al llegar á él están harto vivos aun para despertar á su respecto alguna reminiscencia ó curiosidad.

La gran cuestion de la unidad de razas ha preocupado mucho la imaginación en otras épocas; hoy día la ciencia trata de dilucidarla, y con ese fin los viajeros, los eruditos y los investigadores están recorriendo la Africa en toda su estension, trayendo cada uno su contingente de estudios, observaciones y descubrimientos, á costa de los mayores sacrificios y peligros.

Recien empieza á ser conocida la Africa, topográfica y geográficamente hablando; las mismas fuentes del misterioso Nilo acaban de ser descubiertas, y las indicaciones vagas pero esplicitas del visjo Herodoto, el padre de la historia, dejan de ser consideradas como unos cuentos sin fundamento. A la vez los viajeros ó geógrafos, los eruditos y etnólogos han hecho una cosecha inmensa en esa parte ignorada del mundo, y no ha de tardar mucho la época en que la luz y la civilización han de hacerse para aquel antiguo continente como se hizo para la América y parte de la Asia.

Nos ha parecido digna de observación esa marcha de la ciencia en medio de los desiertos africanos, y creemos que algunos detalles á ese respecto serán leídos con interes por los lectores del *Ins*.

Al efecto hemos aceptado la tarea de extractar y traducir en seguida algun capítulo de la interesante y luminosa obra del Sr. Vivien de Saint Martin, titulada *L'ANNÉE GÉOGRAPHIQUE, REVUE ANNUELLE*, y que trata especialmente del objeto á que alude el título de nuestro artículo, proponiéndonos continuar esas averiguaciones en el tercer número de la ciencia vulgarizada, si encuentran acogida favorable.

Desde luego entramos en materia, sin mas preámbulo, y proponiéndonos hacer tambien algunas reflexiones con relacion á los antiguos pueblos indios del gran Chaco, que mas inmediatamente pueden interesarnos.

«Salido es cuan prodigiosa es, en general, la division de las lenguas y dialectos en los países de una civilización poco adelantada. Las dos Américas, la Australia, la Asia setentrional y varias partes del antiguo mundo ofrecen á este respecto hechos muy convincentes. Muchos de los países africanos están en el mismo caso, y no se podia poner en duda que lo mismo debiese suceder en la Africa austral, dividida como lo está en una multitud de pequeños Estados y poblaciones medio salvajes. Sin embargo, á principio de este siglo, se señaló una curiosa excepcion por el viajero Lichtenstein. Despues del parangon que pudo hacer con cierto número de vocabularios diferentes á la vista, Lichtenstein llegó á esta correlacion del todo imprevista: que el Sur de Africa, desde Benguela por un lado y Kiloa por otro, hasta la punta extrema del continente (es decir desde el 10.º grado de latitud Sur hasta el Cabo de Buena Esperanza), estaba con el estacion de los Hotentotes, poblado por una sola y misma raza de hombres, cuyo tipo forman los Cafres. El limite trazado aquí por el ilustre viajero (vamos á ver que las investigaciones ulteriores lo han estudiado mas todavía) comprende pues, con la Cafreña propiamente dicha en su más amplia extensión, el curso entero del Rio Zambizi con el Mozambique y la mayor parte de la costa occidental del Sur del Zaire.

Vater, en el *Mittheilungen*, adoptó esta opinion, y mas tarde, Marsden, en Inglaterra, llegó por sus propias observaciones á una conclusion análoga, antes de haber tenido conocimiento, ni de la memoria de Lichtenstein, ni de la exposición de Vater.

M. de Proberville no es ménos esplicito. Despues de haber mencionado una docena de tribus que habitan la bahía de Delagoa (latitud, 26.º S.) hasta la altura de la isla Mofina (latitud, 8.º S.), extendiéndose en varios puntos hasta 190 leguas en el interior, dice aquel viajero que el parangon de la lengua de los Saualilis con la de las demas naciones de la Africa meridional prueba que todas hablan lenguas hermanas, y que al compararse esos idiomas del Setchiana (Congo) con las lenguas habladas en la costa occidental, es fácil conocer que todas derivan de una fuente característicos, la analogia fundamental que hay, tanto en el mecanismo gramatical como en el vocabulario, entre los grupos principales de lenguas de la Africa meridional, presentados por las lenguas del Congo, es decir por el Setchiana, que es la lengua madre de la raza denominada vulgarmente *Cafre*, y por el Saualili, que es la lengua de los tribus litorales, remontando al norte desde la costa de Mozambicia (1).

Por primera vez, y casi simultaneamente, esta curiosa cuestion fué tratada en Alemania por el ilustre filólogo Gabelentz, y en Francia por M. Eugenio de Froberville, quien, al estudio especial hecho por el de los pueblos y lenguas de la Africa del Sur, tenía en su favor la ventaja de haber examinado personalmente en la isla de Bourbon un gran número de esclavos africanos originarios de esas varias partes de la Africa austral. M. Gabelentz, como M. de Froberville, hace resaltar perfectamente, con parangones

te comen; agregando que es incontestable que todas las lenguas habladas en Africa, desde el Ecuador hasta el Cabo de Buena Esperanza (exceptuando la de los Hotentotes), pertenecen á una familia única.»

Las publicaciones del Dr. Krapf, misionero inglés, sobre las lenguas de Africa, al confirmar aquel hecho curioso, lo han extendido aun mas todavía, probando que esa observacion d'ella aplica á las mismas tribus del Zanguebar y al país interior que le es limitrofe. Por el estudio preciso que hizo de esos idiomas hermanos, ayudándose con vocabularios coordinados al efecto con el mayor cuidado, y mereced al trabajo gramatical que habia hecho anteriormente sobre el Saualili (1), M. Krapf ha dado á conocer la naturaleza propia de esa lengua y sus limites hacia el Norte. Perfectamente familiarizado con la lengua de los Gallás, el Doctor asegura que esta no presenta con el Saualili ninguna relacion esencial.

Otro hecho curioso resalta en esos estudios locales. Mas allá del Djagga hacia el interior, al Oeste y al Sur de las Nevadas (entre el 2.º y 5.º grado de latitud austral), se ven dos pueblos bastante considerables, los Masais y los Uakufis que se hicieron temibles para las tribus del Este por su genio belicoso. Mr. Krapf ha estudiado sus averiguaciones hacia la lengua de los Uakufis (la de los Masais sale de la misma familia) y no solo ha concluido por conocer que esa lengua no pertenece á la familia Saualili sino que ha descubierto que el vocabulario de aquella ofrece relaciones frecuentes con las lenguas Árabe y Ethiopea, apesar de no tener las aritméticas analogia alguna entre sí. El incansable investigador ha dejado consignado este hecho interesante en una carta (que vio la luz pública) dirigida por él al profesor Roediger. Hay una tradición entre los Uakufis que hace partir á sus antepasados de un país mucho mas al Norte, y la generacion actual recuerda todavía que las tribus vivían antiguamente en los alrededores de la montaña Blanca (Kenia, una de las nevadas), á diez ó doce dias del país que hoy habitan. Asi puede juzgarse de la vasta estension de los territorios en que se ha propagado, al Sur de la Abyssinia, la accion de la raza Ethiopea, y de lo que formó hoy día el dominio de esta raza por el lado de los pueblos Saualilis.

A. VAILLANT.

PENSAMIENTOS POLÍTICOS Y MÁXIMAS MORALES DE LOS ESCRITORES NACIONALES Y ESTRANJEROS. RECOPIADOS POR ENRIQUE DE ARRASCAETA.

Doblará la fuerza es la esclavitud; obedecer á las leyes es la sociedad.

El Estado libre es aquel en que ninguna está sujeto mas que á la ley; y en el que la ley es más fuerte y poderosa que los hombres.

Bosuet.

(1) Los vocablos reunidos en el trabajo del Dr. Krapf son los siguientes: Kisaubili, Kikwa, Kikamba, Kipokomo, Kihilo, y el Galla. A mas de estos el ilustre misionero designa como pertenecientes á la misma categoria los siguientes dialectos: Kifeca, Kinyaga, Kinyua, Kisaumbira, Kisegehiji, Kisegeu y Kimaakia. Es necesario observar aquí que el prefijo Ki marca una forma adjetiva ó derivada, ó simplemente una preposicion equivalente á la castellana de.

Para conciliarse con el orden, la libertad debe consistir en la facultad para cada uno de ir donde quiere, hacer lo que no puede perjudicar los intereses generales, ó particulares, trabajar segun sus aptitudes y su voluntad, defender y hacer que prevalezcan sus derechos.

Baron D'Haussez.

La libertad sin reflexion, y sin freno preconizada por hombres perversos, que hacen de ella un medio para ser sus culpables intentos, incompatible con los intereses generales, y repudiada por la razon, es cien veces mas funesta que el absolutismo.

Baron D'Haussez.

La grandeza de un pueblo no se mide por el número de sus habitantes. Grande es quien da un grande ejemplo.

Victor Hugo.

Roma, y Cartago no tenían fronteras; los mares y las montañas son las fronteras de los débiles; los hombres son las fronteras de los pueblos.

Lamartine.

La tiranía de un principe no pone tan cerca de su ruina á un Estado, como lo pone en una República la indiferencia por el bien comun.

Montesquieu.

Si es justo atribuir á la indole buena de los pueblos, la posicion feliz de que ellos disfrutan, la justicia quiere tambien, que en la apreciacion de su felicidad, se conceda una buena parte á los hombres que los gobiernan.

Baron D'Haussez.

El primer medio de gobernar es la justicia; el segundo la energía sin arrebato.

Baron D'Haussez.

Alli donde reina la justicia, alli se encuentran reunidas las demas virtudes.

San Ambrosio.

La justicia afirma las naciones: la injusticia las disuelve.

San Ambrosio.

Lo que pierde á los ciudadanos, lo que pierde á los pueblos es que ni los unos, ni los otros, saben sacrificar su orgullo á su tranquilidad.

Baron D'Haussez.

Sabed que la Francia no quiere hombres que no son capaces de nada, ni hombres que son capaces de todo.

Fallor.

Una República sabia nada debe aventurar que la exponga á la buena ó mala fortuna; y el solo bien á que ella debe aspirar es á la perpetuidad de su Estado.

Montesquieu.

Las leyes políticas de Roma habian sabiamente dividido el poder público en un gran número de magistraturas, que se moderaban una á otra, y el pueblo que veia pasar delante de sus ojos muchos personajes uno despues de otro no cobraba afecion á ninguno.

Montesquieu.

Pero cuando los mas poderosos se hicieron dar por el pueblo comisiones extraordinarias, esto que anonadó la autoridad del pueblo y de los magistrados, puso todos los grandes negocios del Estado en manos de uno solo, ó de pocas personas.

Montesquieu.

Creo bien, decia Marco al pueblo romano, que Pompeyo deseará mas vuestra libertad, que su dominacion; pero ha habido un tiempo en que á cada uno de vosotros estaba confiada la proteccion de todos, y no todos confiados á la proteccion de uno solo.

Salustio.

El poder arbitrario es muy contrario á las buenas costumbres; pero nunca es peor que cuando dolosamente se cubre con el manto de las formas legales.

Royer-Collard.

La demagogia que es la tiranía de las facciones arruina las instituciones, con ellas toda libertad, toda paz, todo comercio, toda civilizacion, toda moral; es el azote, y el descrédito de las Repúblicas.

Lamartine.

Sabéis cual es el mayor de todos vuestros crímenes? No es solo la sangre inocente que habeis derramado, aunque ella clame venganza al cielo contra vosotros. No es haber decepcionado el mundo de la libertad, es haber comprometido en todos los corazones honrados esa noble creencia.

Montalembert.

Los padres no deben olvidar que el corazon de los niños son limpios espejos, donde se reflejan los sentimientos nobles, ó indignos que dominan en los padres. Los mástros no podrán borrar nunca las impresiones que en sus almas ha impreso una autoridad mas poderosa, que la suya, la autoridad de los padres.

Enrique de Arrascaeta.

Roma pudo ostentar grandes virtudes mientras sus matronas supieron conservar la sencillez de sus costumbres, y sus hijos obedecian respetuosos los preceptos de sus madres severas.

Enrique de Arrascaeta.

Para merecer con justicia el título de honrados ciudadanos es menester que el sentimiento de lo honesto y de lo justo domine siempre en todos nuestros actos.

Enrique de Arrascaeta.

Nunca cometais una accion reprochable, por que pasará el tiempo, y un día el que menos penseis os la echarán al rostro.

Enrique de Arrascaeta.

Si queremos infundir confianza á los demas hombres debemos conformar siempre nuestras palabras con nuestras obras.

Enrique de Arrascaeta.

No es con exterioridades, sino con buenas obras que lograis alcanzar buena opinion y crédito.

Enrique de Arrascaeta.

Se tiene muy poco, cuando solo se tienen riquezas, valor, talento, y una vasta instruccion, sino se poseen al mismo tiempo todas las virtudes, y un caracter firme para practicarlas.

Enrique de Arrascaeta.

Horacio dice: que Roma pudo subyugar toda la tierra, pero no pudo subyugar el alma indomable de Caton.

Enrique de Arrascaeta.

Cuanto mas elevado os veais por la fortuna ménos dispuesto debeis mostraros al orgullo y á la altivez: un ánimo benévolo, y suaves palabras ganan los corazones.

Enrique de Arrascaeta.

Saber privarse de la satisfaccion de sus gustos, cuando se carece de los medios honestos y legítimos con que satisfacerlos, es un acto de virtud que honra al que lo practica.

Enrique de Arrascaeta.

Ovidio dice: que una misma tierra lo mismo produce las plantas saludables que las dañosas, y que con frecuencia se vé la ortiga junto á la rosa: en la sociedad lo mismo nacen las virtudes, que los vicios, y con frecuencia se vé tambien la virtud cerca del vicio.

Enrique de Arrascaeta.

En ciertos infortunios, ó prosperidades, que parecen obra del acaso, si uno reflexiona un poco, ha de encontrar relacion entre algun acto suyo, y el acontecimiento próspero ó desgraciado que experimenta, y ha de reconocer que si hay virtudes y culpas que escapan al premio ó al castigo de los hombres, ellos reciben siempre la recompensa, ó el castigo de Dios!

Enrique de Arrascaeta.

Hermosura, talento, valor, riqueza todo podemos perderlo en el curso de la vida, y de seguro con la muerte; lo único que no perdemos es el bien con que hemos contribuido á mejorar la suerte de nuestros semejantes.

Enrique de Arrascaeta.

La vida es un peso para algunos, y para otros una fiesta, debiendo ser para todos un empleo en que cada uno rivalice en hacer la suya mas útil y mas santa.

Alejandro Manzoni.

En el bien, como en el mal, el ejemplo por mas mudo que parezca, es la mas elocuente y persuasiva de todas las predicaciones.

Baron D'Haussez.

Las impresiones buenas, ó malas transmitidas en la infancia por la educacion, por la práctica y por el ejemplo, persisten siempre, y por mas que se las combata ellas ejercen sobre la vida entera una influencia de la cual nadie puede escapar.

Baron D'Haussez.

La perseverancia es el complemento de todas las virtudes; sin ella nada se hace de grande, ni de útil.

Baron D'Haussez.

La superioridad resulta del buen empleo de las cualidades que se poseen.

D'Haussez.

Es un buen uso del talento el que se emplea en hacer brillar el talento de los otros, y complacerse de él.

D'Haussez.

Por mas honroso que parezca, un primer movimiento, es raras veces, un buen consejoero.

D'Haussez.

Las pasiones agitan el espíritu, y excitan sus facultades, pero ellas lo ofuscan, lo precipitan lo extravían, y le quitan los medios de dirigirse.

D'Haussez.

La indulgencia oportuna, casi siempre conquista á los corazones, así como la aspereza engendra el odio y la crueldad la guerra.

Ovidio.

El que sabe soportar la dura pobreza, y teme mas el deshonor que la muerte, ese no temerá perecer por sus amigos queridos y por su patria.

Horacio.

Con mas propiedad puede llamarse feliz no al que posee grandes riquezas, sino al que sabe hacer mejor uso de las dones que Dios le dió.

Horacio.

La desgracia es uno de los medios destinados por la sabiduria divina para mantener al hombre en la meditacion de su naturaleza, y en el ejercicio de su energía, y de su resignacion.

D'Haussez.

Desdichado de aquel que tiene chistes en presencia del infortunio; y tiene la risa en los labios á la vista de las lágrimas.

D'Haussez.

Para una alma piadosa orar es un placer, y creer en el efecto de la oracion es la felicidad.

D'Haussez.

La amistad para producir todo lo que se tiene derecho á esperar de ella debe ser afectuosa sin sometimiento irreflexivo, moderada sin frialdad, un lazo de union, y no una cadena de esclavitud.

D'Haussez.

Debe uno olvidarse del bien que hace, y acordarse solo del bien que recibe.

D'Haussez.

La ingratitud es un indicio á la vez de un caracter perverso, y de una mala educacion.

D'Haussez.

La vergüenza es un sentimiento penoso de una falta cometida, y revela en quien lo experimenta disposicion á volver al bien, y es un lazo que á él lo liga.

D'Haussez.

La corrupcion mata á la vez al hombre, al talento, y á la influencia.

Alfonso Karr.

El medio de hacer la vida llevadera es no padirle, mas de lo que ella puede daros.

D'Hausser.

Desgraciados de nosotros sino consagramos un par de horas cada dia a la reflexion.

Mirabeau.

En un alma fuerte, en un espíritu reflexivo la paciencia es la mas útil de las cualidades; ella puede elevarse hasta el heroísmo cuando circunstancias graves imponen en su aplicacion el sello del valor y de la abnegación.

D'Hausser.

Nada falta nunca a aquel que sabe arreglar sus deseos, y subordinarlos a sus recursos.

D'Hausser.

El primer dinero que se gana es el que no se deja robar; el segundo el que no se disipa prontamente, y el tercero el que aumenta nuestro patrimonio.

D'Hausser.

Muchas economias pueden hacerse sin sacrificio, si en vez de gastar por vanidad, por ociosidad, las mas veces, solo se hiciera por necesidad, por deber, ó por utilidad.

D'Hausser.

Tales son los efectos de la economia, tales los resultados del desorden, que muy á menudo el pobre es el acreedor del rico.

D'Hausser.

DERECHO INTERNACIONAL PRIVADO.

Art. 3.º

De la extradición de criminales.

El modo de conciliar los sanos principios del derecho natural, por los cuales la jurisdicción, no es una facultad vengativa que espera sus victimas aun del extranjero, que aguarda á sus ciudadanos en la frontera del territorio para exigirles la responsabilidad de sus hechos ajenos al órden público de la Nación, con el respeto que es debido á la jurisdicción extranjera y á las garantías del mismo órden público que existe en cada sociedad, seria que las naciones civilizadas reconociesen, como perfecta y exigible, la obligación de entregar los grandes criminales que fuesen reclamados, en virtud de pruebas y satisfacciones suficientes; en una palabra, que la extradición de criminales fuese un deber y que los tratados de extradición solo viniesen á reglamentar el modo de efectuar esa extradición.

Pero á este respecto, no todos están de acuerdo.—Los autores, dice Foelix, están divididos sobre la cuestion de si el derecho de gentes y el uso de las naciones obligan á cada Estado á acordar la extradición reclamada por otro Estado, de un individuo acusado de crímenes ó delitos cometidos en el territorio de este último. Grocio, Heinecio, Vattel, Boehmer, Schmelzing, Kent y Homau, se pronuncian por la afirmativa; pero la negativa está sostenida por Voet, Puffendorf, Leyser, Martens, Kluber, Kluit, Saalfeld, Schmalz, M. Mitermaier, M. Mangin, M. Story, Wheaton y en un artículo del American Jurist; lo ha sido también en Inglaterra en el negocio del buque ameri-

cano la Criolla (1) Tal es hoy la opinion comun... Puffendorf ó conceden, sin regla fija, la extradición. Si ella no es la obligación, lo seria el dar asilo al criminal, y entonces resulta que casi todas las naciones infringen sus obligaciones escandalosamente, haciendo tratados de extradición, como casi todas han hecho.

Esta última opinion contraria y diametralmente opuesta á las ideas que hemos desarrollado en el artículo anterior, se basa en un completo desconocimiento de la jurisdicción y en razones de conveniencia mas ó menos ingeniosas que nunca serán fuertes para atacar el principio jurisdiccional, deducido de su verdadero origen y de su naturaleza misma, como nos hemos esforzado en demostrarlo en los artículos precedentes.

Pero, para consuelo de la humanidad, los mismos autores que Foelix coloca en la fila de los que se oponen á la extradición, reconocen no obstante que ella es un deber imperfecto.—Los publicistas, dice Wheaton, están divididos sobre la cuestion.—Unos establecen en principio que, según el derecho de gentes, y el uso de las naciones, cada estado está obligado á negar asilo á individuos acusados de crímenes graves y cuya extradición es pedida por el gobierno del país en que el crimen se ha cometido, para hacerles juzgar. Tal es la opinion de Grocio etc.

Al contrario, según Puffendorf etc., solo existe entre las diversas Estados una obligación imperfecta de acordar la extradición; esta obligación está subordinada á consideraciones de conveniencia y de utilidad reciproca y debe fortalecerse y arreglarse por convenios especiales. Es la autoridad de estos últimos autores la que hemos seguido en nuestro tratado elemental del derecho internacional; nuestra opinion ha sido también la del sabio Mitermaier.

Pero por respetables que sean estos autores, por mas peso que tenga su autoridad, vemos que unos reconocen la extradición como obligación perfecta de cada Estado; los otros no niegan esa obligación, pero la consideran imperfecta y subordinada á la conveniencia. Nosotros no podemos concebir una obligación imperfecta; ó hay ó no hay obligación; si existe una razon de justicia por la cual debemos hacer una cosa, no puede haber consideración alguna que nos detenga y si nos deteamos por nuestra conveniencia, infrinjimos, desde luego, la obligación; para nosotros la cuestion no está bien planteada en saber si hay ó no conveniencia para la extradición; cuando se nos presentan dos criminos y se nos presentan bajo la necesidad de andar por uno, solo se trata de saber cual es el bueno y el recto; cuando quedamos en la alternativa de dar asilo á un criminal ó entregarlo á sus jueces, la cuestion es saber cual es lo justo y lo obligatorio; aqui no cabe consultar el uso, ni la conveniencia; aqui es necesario consultar la conciencia, que regula tanto los actos del hombre como de las naciones.

Dar asilo á criminales, es no solo ofender á las naciones á las que interessa el castigo de esos delinquentes sino también propender á la desmoralizacion general y á que los hombres, que en todas partes son hombres, se hagan peores de lo que son, asegurándoles la impunidad de sus crímenes y la reconciliacion de sus venganzas.

Aqui pues, la obligación nace de la unidad humanitaria; (2) y vemos que los autores modernos, por haber hecho olvido del derecho natural, y despreciar sus prescripciones llegan á establecer una doctrina arbitraria, cohonestando

(1) Que saliendo de un puerto americano con un propietario y sus esclavos, se sublevaron estos, mataron á aquel y se refugiaron en un puerto inglés.

(2) Véase el capítulo primero de nuestras conferencias.

mal, las razones de conveniencia con que los gobiernos, suelen ó conceden, sin regla fija, la extradición.

De aqui resulta la doctrina de que el pacto ó el tratado, produce obligaciones aun contra la justicia y que puede pactarse toda clase de iniquidad, lo que lo era injusto, se hace justo con el tratado; de modo que independientemente de la justicia, hay una fuente arbitraria de obligaciones y derechos dependiente de la voluntad de los gobiernos.

A tan tristes resultados se llega con el desconocimiento de la fuente de las obligaciones, que es el derecho natural; contra esos resultados qui-mos reaccionar, con nuestro tratado de las Conferencias sobre el Derecho Natural, y que pensamos desarrollar estensamente en la explicacion y sobre todo en la aplicacion al derecho internacional que debemos dictar en la Universidad.

Tenemos pues, que apesar de las opiniones de algunos autores modernos, la extradición de criminales, es una obligación y que la Inglaterra, negándose á entregar á los esclavos asesinos de la Criolla, faltó á esa obligación, porque no eran esclavos que hubiesen para recobrar su libertad, eran esclavos que habian recobrado esa libertad por malos medios, por la matanza y el pillage, perpetrados en el mar, donde no habia esperanza, de socorro ni necesidad de asesinar para libertarse.

La Inglaterra, no debió ver en los esclavos de la Criolla, sino asesinos y debió entregarlos á sus jueces; por que si es santo librarse de la esclavitud, ni aun para un fin santo es justo matar,—el que mata, sin la necesidad inevitable de defender su vida, siempre es asesino!

Asi pues, las Naciones no deben dar asilo á los criminales; mas aun, deben entregarlos á sus jueces, siempre que la reclamación se apoye en alguna prueba que por las leyes del país, sea suficiente para la captura de un habitante.

Ciertamente la simple obligación de no dar asilo al delincuente, no implica la de aprehenderlo y remitirlo á sus jueces; pero cuando estos nos demandan y presentan una prueba que es suficiente para justificar una prision preventiva, la Nación acrediñada á esa demanda, no se constituye en policía de la que hace el reclamo como dicen algunos, sino que hace efectiva la obligación de no dar asilo y la de reconocer el derecho jurisdiccional á que está sujeto el delincuente, atendiendo un reclamo basado en razones de justicia.—El asilo sería noble y obligatorio, en favor del inocente ó por causas políticas, religiosas ó sociales, en que cabe extravío y no crimen.

Pero si el delincuente que se reclama es ciudadano del país á donde se refugia, la autoridad, si bien puede negarse á entregar su propio súbdito, por que no puede decirse que este viene á asilarse; sino á ampararse de las leyes de su patria, no puede asegurarle la impunidad.—He aqui por que en los tratados de extradición, generalmente se salva al ciudadano. En nuestro tratado de extradición, con el Brasil, se hace esta salvada:—«Art. 2.º La extradición no tendrá lugar:—1.º Si el criminal reclamado fuese ciudadano del país á cuyo gobierno se hiciera la reclamación.»

Acabamos con las cuestiones generales, pero nos queda esta particular,—desde que es natural no entregar á jueces estranos el propio ciudadano y desde que sería inmorale asegurarle la impunidad, que se trata de impedir para los que no son ciudadanos,—que se hace con el ciudadano

que delinque en un país con el cual hay tratado de extradición y al cual se le entrega en su virtud, los súbditos propios y extranjeros que son reclamados?

No juzgarlo, es asegurarle la impunidad, que como hemos dicho choca con la moral; juzgarlo, es atribuirnos una jurisdicción que no puede prolongarse mas allá de la frontera, como hemos dicho en los artículos anteriores.

El único medio que se nos presenta para conciliar estos extremos opuestos, es la especialidad del caso; en rigor el ciudadano debía ser entregado como el extranjero; si no se entrega es por que la Nación reclamante ha cedido de ante mano la facultad de juzgarlo; ha consentido que el ciudadano del país contratante, sea juzgado al amparo de sus propias leyes, en medio de las simpatías de sus conciudadanos, donde puede hallar una defensa entusiasta y ardiente.

La jurisdicción de la patria ha sido prorrogada por la autoridad misma, que en rigor, tiene verdadera jurisdicción sobre el delincuente, por haber delinquirido en su territorio.

Luego pues, no choca con lo que hemos espuesto sobre jurisdicción propia, que en caso de extradición la patria se reserve sobre el ciudadano, con el consentimiento de la autoridad en contra de la cual delinquirió, el derecho de juzgarlo.—Este derecho que en general no lo tiene por ser el hecho cometido fuera del territorio, viene á ser cedido en el tratado, para el caso especial de juzgar al ciudadano.

La salvedad pues, que se lee casi en todos los tratados de extradición respecto á que ella no tendrá lugar con los ciudadanos respectivos á cada país contratante, no quiere decir que se asegure la impunidad de aquellos ciudadanos, y que se establezca una odiosa distincion, sino que las partes contratantes se ceden recíprocamente la jurisdicción que á cada uno le falta para el juzgamiento de sus ciudadanos que han delinquirido, fuera de su territorio y en el de la otra parte contratante.

Resumiendo pues todo lo espuesto, tenemos—1.º Que la jurisdicción criminal no es sino la facultad inherente á la dirección de la sociedad y que se refiere á reprimir los delitos y crímenes.—2.º Que los delitos y crímenes cometidos en el extranjero, no pueden determinar, de oficio, ni por querrela de parte, el ejercicio de la jurisdicción.—3.º Que los delitos preparados en el extranjero pero calculados para atacar la sociedad y consumarse en ella, caen bajo su jurisdicción si llega á aprehenderse al delincuente ó á obtenerse su extradición.—4.º Que la jurisdicción civil puede ejercitarse, como motivo de delitos cometidos en el extranjero, para la reparacion del daño, cuando ciudadanos ni domiciliados, demandan ese resarcimiento del daño, ante nuestras autoridades.—5.º Que la extradición es de derecho natural y que reglamentada por un tratado, pueda exceptuarse de ella al ciudadano.—6.º Que esta excepton no tiene por objeto la impunidad, sino la garantía del juicio á favor del ciudadano, para lo cual las partes contratantes, se ceden recíprocamente sus respectivas jurisdicciones.

Tal es la doctrina que, si fuese reconocida por las naciones, disminuirían de preocuparse con ese progreso mentido á que quieren llevar a escritores que, aunque respetamos como eruditos, no podemos dejar de reconocer, que alienan la ciencia de sus fuentes puras y verdad, para, anticipando la conveniencia á la justicia.

GREGORIO PÉREZ GOMAR.

Montevideo, Abril 3 1864.

PUBLICACIONES.

En el primer número de *Et Ius* hemos enardecido la *avidez* que se despierta en el pueblo de ver, tener y saber, según la expresión de M. Aylie Langlé, y hemos abundado en reflexiones para demostrar la conveniencia de que las obras se impriman en gran número de ejemplares que permita asignárselos un precio módico que las ponga al alcance de la condición mas humilde del pueblo.

En Europa, mucho tiempo hace, se han comprendido aquella necesidad y esta conveniencia, y vemos a los grandes escritores sacrificar los admirables prodigios de su erudición y facultad, para colocar sus obras por su precio, volumen y sencillez al alcance de la mas estrecha condición y del mas superficial entendimiento.

Acaba de aparecer en París la tercera edición de «*Jesús*», obra que no es sino la «*Vida de Jesús*» que ya conocemos, con la diferencia única de haberse suprimido las notas y la introducción como se hizo en la traducción que vio la luz por la imprenta donde se publica este periódico, y las que, como dice Renan, suponían al lector bastante versado en las pesquisas especulativas de la crítica. Entre nosotros la introducción se agregó al fin, habiéndose introducido a instancia de varios suscritores a la obra.

Los motivos que guiaron al autor de la «*Vida de Jesús*» a hacer la publicación de que hablamos, se hallan explicados en la advertencia que esta última trae al frente, y la que traducimos para nuestros lectores, como un magnífico apéndice a nuestras ideas, con vaguedad expresadas.

Esa advertencia contiene a la vez una alusión a los miles de refutaciones que se han levantado contra la obra, y no dudamos que el público inteligente y liberal, aun desconfiado de ideas, sabrá apreciar la delicadeza infinita, el sentimiento inmaculado y puro que dicta esos rasgos al omnipotente escritor.

Su lectura conmueve; el alma se abre a indefinibles sensaciones; el espíritu se ilumina.

Al dar publicidad a esas líneas, hacemos abstracción de toda polémica, y solo hacemos uso de un derecho incontestable, del derecho natural de juzgar por nosotros mismos.

He aquí lo que prometemos:
«*Ya que me ha sido dado traer una imagen de Jesús que ha despertado un tanto la atención, he creído deber ofrecer esa imagen, bajo una forma convenientemente preparada a los pobres, a los afligidos de este mundo, a los que Jesús ha amado mas apasionadamente. Habiendo sentido muchas personas que el libro, por su precio y su volumen, no estuviese al alcance de todos, he sacrificado la introducción, las notas y ciertos pasajes del texto que suponían al lector bastante versado en las espaciales pesquisas de la crítica. Por la supresión de esas diversas partes, se ha obtenido un triple objeto. — Primero, el libro ha venido a ser de un formato que lo pone al alcance de todo el que guste de él. — En segundo lugar, no creo que haya en él una palabra ni una frase, que exija, para ser comprendida estudios preliminares. En fin, por esas su razones he obtenido un resultado que no es menos precioso. He hecho mi libro con la frialdad absoluta del historiador que se propone por único objeto percibir la gradación mas fina y mas fija de la realidad. Esta franqueza no podía dejar de causar algunos estremecimientos a tantas almas excelentes que el cristiano educa y alimenta. Mas de una vez he sentido ver personas a las cuales hubiera desado infinitamente agradecer, desviadas de la lectura de un libro cuyas páginas no hubieran estado previstas para ellas de satisfacción y de*

fruto. Creo que muchos verdaderos cristianos, no hallarán en este pequeño volúmen nada que les hiera. Sin alterarme mi pensamiento, he podido desterrar todos aquellos pasajes que podían producir equivocaciones ó que hubieran demandado largas explicaciones.

La historia es una ciencia como la química, como la geología. Paraser comprensible del todo, exige estudios profundos, cuyo resultado mas elevado es saber apreciar la diferencia de los tiempos, de los países, de las naciones y de las razas. Hoy, un hombre que crece en los faustas, en los luhucieros, no se tiene entre nosotros por un hombre serio. Pero en otro tiempo, hombres eminentes han creído en ello, y talvez, en ciertos países, es todavía posible, en nuestros días, unir una verdadera superioridad a esos errores. Las personas que no han llegado, por viajes, por estensas lecturas, ó por una gran penetración de espíritu, a explicarse esas diferencias, hallan siempre algo de chocante en las relaciones del pasado; pues el pasado, tan heroico, tan grande, tan original, no tiene, sobre ciertos puntos muy importantes, las mismas ideas que nosotros. La historia completa no puede retroceder ante esta dificultad, ni aun a riesgo de provocar las mas graves equivocaciones. La sinceridad científica no conoce prudentes engaños. No hay en este mundo un motivo bastante poderoso para que un sabio se detenga en la expresión de lo que tiene por verdad. Pero, cuando una vez se ha dicho, «*en una sombra de misterio, lo que se cree cierto, probable ó posible, no es permitido dejar las distinciones sutiles, para atacar únicamente al espíritu general de las grandes cosas, que todos pueden y deben comprender? No se tiene el derecho de apartar las disonancias para no pensar sino en la poesía y en la edificación, que sobreaundan en esas viejas narraciones? El quimista sabe que el diamante no es sino carbon; conoce las vías por las cuales la naturaleza opera esas profundas transformaciones. — Está obligado, por eso, a callar como el mundo, y a no ver en la mas bella joya mas que un simple pedazo de carbon? —*

Este, pues, no es un libro nuevo. Es la «*Vida de Jesús*» despreñada de sus andamiadas y de sus oscuridades. Para ser historiador he debido buscar un Cristo que tuviese los rasgos, el color, la fisonomía de su raza. Esta vez, es un Cristo en mármol blanco el que presento al público, un Cristo tallado en un trozo sin tacha, un Cristo simple y puro como el sentimiento que lo crea. Dios mio! talvez sea así mas verdadero. ¿Quién sabe sino hay momentos en que todo lo que sale del hombre es inmaculado? Esos momentos no son largos; pero los hay. Así es, al menos, que Jesús apareció al pueblo; así es como el pueblo lo ve y lo ama; por eso es que ha quedado gravado en el corazón de los hombres. He aquí lo que ha vivido en él, lo que ha interesado al mundo, lo que ha creado su inmortalidad.

No refutaré por la vijésima vez el reproche que se me dirige de atentar a la religión. Creo servirla. Ciertas personas se imaginan que, por timidas reticencias, se obtendrá que el pueblo pierda la fe en lo sobrenatural. Aunque tal precaución fuese honesta sería por demás inútil. El pueblo ha perdido esa fe. El pueblo, en eso, de acuerdo con la ciega positividad, no admite el fenómeno de lo sobrenatural — el milagro. Se deberá concluir de esa premisa, que es extraño a las altas creencias que constituyen la nobleza del hombre? Sería un grave error. El pueblo es religioso a su manera. Qué cosa es mas tocante que su respeto por la muerte? Su valor, su serenidad, su deseo de instruirse, su indiferencia por lo ridículo, sus grandes instintos de heroísmo, su gusto por las obras de arte ó de poesía que procuran emociones serias dirigiéndose a los sentimientos

nobles, esa perpetua juventud que brilla en él cuando se trata de gloria y de patria, todo eso es religión, y la mejor. El pueblo no es de ningun modo materialista. Se le satisface por el idealismo. Su defecto, si puede llamarse uno, es hacer abstracción de todos los intereses cuando se trata de una idea. Sería funesto predicarle la irreligión; sería inútil pretender que retrogradara a las viejas creencias sobre naturales. Queda un solo partido, que es decirlo todo. El pueblo alcanza rápidamente y por una especie de instinto profundo los resultados mas arduos de la ciencia. Vé que entre las formas religiosas que han existido hasta aquí, ninguno puede pretender un valor absoluto; pero sienta tambien que el fundamento de la religión no se derriba por eso. Inspirar respeto aun a las formas que pasan, mostrarles la grandeza en la historia, poner en relieve lo que las formas antiguas han tenido de bueno y de santo, no es ejecutar un acto piadoso? Por mi parte, pienso que el pueblo volvería la espalda a su alumbamiento el día que tuviera por quimeras la fé, la abnegación el sacrificio. El grado de ilusiones que en otro tiempo se mezclaba a todos los grandes movimientos, sea políticos, sea religiosos, no es una razon para negar a esos movimientos la simpatía y la admiración. Se puede ser buen Francés, sin creer en la santa ampolla. Se puede amar a Juana de Arc sin admitir la realidad de sus visiones.

He aquí porque he pensado que el cuadro de la mas asombrosa revolución popular, de que haya recuerdo, puede ser útil al pueblo. Aquí está en realidad la vida de su mejor amigo; toda esa epopeya de los orígenes cristianos es la historia de los mas grandes plebeyos que haya tenido. Jesús ha amado a los pobres, odiado a los sacerdotes, ricos y mundanos, reconocido el gobierno existente como una necesidad, ha puesto atrevidamente los intereses morales mas arriba de las querellas de los partidos; ha predicado que este mundo no es sino un sueño, que todo es en el suelo imagen y figura; que el verdadero reino de Dios es el ideal, que el ideal pertenece a todos. Esta leyenda es una fuente viva de eternos consuelos; inspira una suave alegría; fomenta la mejoración de las costumbres sin vana hipocresía; da el gusto de la libertad; lleva en fin a reflexionar sobre los problemas sociales, que son los primeros de nuestro tiempo. Jesús abre bajo ese punto, vistas de una profundidad asombrosa. Cuando se sale de su escuela, se concibe bien que la política no podría ser un juego frívolo, que lo esencial un día será trabajar por la felicidad, la instrucción y la virtud de los hombres, — que todo esfuerzo por evitar tales cuestiones sucumbe de esterilidad.

Humildes servidores y siervas de Dios, que sufrís el peso del día y del calor; obreros que trabajais con vuestros brazos en edificar el templo que elevamos al espíritu; sacerdotes verdaderamente santos que gemis en silencio por la dominación de orgullosos saduceos; pobres mujeres que sufrís un estado social en que el lado del bien es débil aun; obreras piadosas y resignadas en el fondo de la fria celda en que el Señor está con vosotras, venid a la fiesta, que Dios un día, en su vida, preparará para los humildes de corazón. Vosotros sois los verdaderos discípulos de Jesús. Si el gran maestro regresase, ¿dónde creis que reconocería la verdadera posteridad de la tropa amable y fiel que lo rodeaba a las márgenes del lago de Genesareth? ¿Sería entre los defensores de símbolos que no conocia, en una iglesia oficial que favorece todo lo que él ha combatido, entre los partidarios de viejas ideas que asocian su causa a sus intereses y a sus pasiones? No; sería entre nosotros, que amamos la verdad, el progreso, la libertad. Y si un

día se armase del látigo para arrojar del templo a los hipócritas. ¿en quienes pensais que reconocería al fariseo de su parábola? En los que dicen: «*Oh Dios, te doy gracias por que no soy como ese gran culpable, ese desgraciado, ese hombre de la nada, ó en los que dicen: «*Oh tú, a quien desfiguro talvez, pero a quien amo y quien debe inquirir ante todo el homenaje de un corazón sincero, revélate, pues lo que yo anhelo es verte? «*Considerad el horizonte; ved la aurora que se despunta, el alumbamiento por la resignación, el trabajo, la bondad, el sostén reciproco; el alumbamiento para la ciencia, que penetrando las leyes de la humanidad y citándose cada vez mas a la materia, fundirá la dignidad de todos los hombres y la verdadera libertad. Preparémonos, haciendo cada uno nuestro deber, ese paraíso del porvenir. Por mi parte, me consideraré feliz, si un momento, con esas relaciones del pasado, os he hecho olvidar el presente, si he repoyado para vosotros la dulzura de ese idilio sin semejanza, que, hace mil ochocientos años, reanima, inundando de alegría a humildes como vosotros.***

Hasta aquí la *advertencia* de la obra.
Creemos, al traducirla, llenar un deber imperioso impuesto al periodista, que debe dar cuenta de todos los movimientos intelectuales del siglo y vertir una opinión propia sobre todas las materias que se dilucidan.
Pensamos pues, que, la traducción hecha, será considerada, no por el lado que subleva pretendidas susceptibilidades, sino como una ejecución parcial de la ley irresistible del progreso.

AGUSTIN DE VEDIA.

LA HOSTERIA DEL ANGEL GUARDIAN.

Traducida del francés.

V. SEPARACION.

El día siguió y terminó alegremente para todos los habitantes del *Ángel Guardian*. Los niños jugaron, gozaron de muy buen apetito y se acostaron de buena gana, fatigados de su jornada y mas aun de la noche precedente. Moutier continuó ayudando a la señora Bidot y a su hermana en el servicio de los escasos viajeros que se detienen en la posada. Cuando los chicos se acostaron Moutier trató una conversacion con las dos hermanas, sobre lo que convendría hacer en bien de aquellas criaturas abandonadas.

— Su padre vive aun, según me ha dicho Jacobo, pero, ¿cómo hallarlo? Difícil es saber su nombre ni el sitio en que vivía cuando los gendarmes le aprehendieron. — Acaso esté en alguna prision purgando alguna gran falta que haya cometido, y en este caso será mejor para ellos que no lo conozcan. Pero de todos modos, es preciso que mañana antes de partir, deponga mi declaración en manos de la autoridad, pues por ella podría llegarse a saber el nombre que les corresponde. Si el alcalde viniese a interrogarlos, le diréis simplemente la verdad, que yo os dejaré mi dirección para que podais comunicarme las ocurrencias que se sucedan, en caso de necesidad.

— Pero vos no dejareis de venir personalmente, señor Moutier, por que yo considero que esos niños están bajo vuestra protección y os pertenecen con mas razon que a mí.

—Me veria muy embarazado si los tuviese a mi cargo, señora Blidot, y creo que están mejor con vos que no a mi lado, pues no tengo domicilio fijo, ni otros medios de subsistencia que los que pueden proporcionarme mis dos brazos—Pero se hace tarde, mi jornada comenzó antes del día y no me disgustaría reposar.

—Por qué no lo habeis dicho antes?—dijo la señora Blidot; os hubiera guiado a vuestra habitación que es la del piso bajo que dá al jardín—Mi hermana y yo tenemos nuestro dormitorio arriba, lo que es mas seguro para dos mujeres solas, no por que el pais sea peligroso, sino como una medida precaucional que no está demas donde se reciben tantos y tan distintos viajeros.

—Si viniese hoy alguno con malas intenciones, estad tranquila, que yo y Capitan arreglaríamos el negocio, y listamente, os lo respondo.

La señora Blidot se sonrió,—encendió una vela de cebo y la llevó al cuarto preparado para Moutier, que la dió gracias, la saludó, cerró su puerta, encendió un cigarro, fumó algun tiempo, reflexionando entre tanto, hizo la señal de la cruz, pronunció una breve oracion, y se durmió hasta la mañana siguiente.

Parecióle al recordar que era ya tarde y que el sueño lo habia dominado mas de lo regular, pues oyó la conversacion de los niños y las risas de la señora Blidot y de Elfy.—Saltó avergonzado del lecho y se visitó apresuradamente.

—Buena cama! se dijo—Largo tiempo hacia que no la conocia tan blanda—Pero como he dormido! Héme ya vestido en fin; urge que vaya a ayudar en sus tareas á estas buenas mujeres.

Y abriendo la puerta, hallóse en frente de las dos hosteleras, que cada una lavaba y arreglaba á su niño.

—Perdonad, si mi sueño se ha prolongado, les dijo; no es ese mi hábito en el rejimiento, pero la culpa la tienen vuestras excelentes habitaciones y vuestros mullidos colchones.

—Buen día, señor Moutier,—¿habeis dormido bien? preguntó Jacobo.

—Yá lo creo, amigo mio! Demasiado bien como lo ves, pues me he levantado tan tarde. Tampoco tienes tú cara de haberlo pasado mal. ¿Era tu lecho mejor que el de la última noche?

—Oh! qué blando era! Pablo estaba tan abrigado, tan contento, dormia tan profundamente! Yo era tan feliz que os he agradecido otro tanto, señor Moutier.

—Es á estas señoras á quienes debes agradecerlo, amigo mio, y no á mí que soy un pobre diablo sin asilo.

—Pero vos sois quien nos ha salvado en la floresta; vos sois quien nos ha conducido aqui y vos quien nos ha entregado á la señora Blidot y á la señorita Elfy.—Ellas me han dicho hoy que la santa virgen y vos eran nuestros salvadores.

Moutier no respondió; tomó á Jacobo y á Pablo en sus brazos, los estrechó varias veces contra su pecho, dió un apretón de manos á cada una de las hermanas y se sentó cómodo, cerca de la mesa, esperando que terminara la toilette de los niños.

—Qué puedo hacer para ayudarlos? preguntó.

—Pues que sois tan oficioso, señor Moutier, dijo Elfy, idme á buscar pajina al leñero, al fondo del jardin, para avivar el fuego, y en seguida una palada de carbon para el hornillo, que entre tanto yo prepararé el café.

—Que! piensas seriamente encargar al señor Moutier de semejante comision? dijo la señora Blidot á su hermana.

—Dejad, dejad, mi buena hostelera, exclamó Moutier.

La señorita Elfy sabe cuanto me complace, empleándome en vuestro comun servicio. ¿Creis acaso que no he cargado nunca leña ni carbon? En el rejimiento hago lo que los demás y no soy tan gran señor como lo pensais.

Moutier partió corriendo y no tardó en volver con una enorme brazada de leña.

—Ja, ja, ¡sí! exclamó Elfy riendo. Habeis traído tres veces mas de lo que se necesita. Dejadme esa porcion que habeis separado y llevad el resto al leñero, trayendo de paso el carbon.

—Elfy, te aseguro que eres demasiado atrevida, la dijo su hermana.

—No, no, contestó Elfy; preciso es que aprenda su servicio convenientemente y pues que él no pide otra cosa, nada mas fácil que enseñárselo.

—Gracias, gracias, señorita Elfy; veo por eso vuestra bondad, y la amistad sincera que me profesais.

—Yá lo ves, dijo Elfy triunfante dirijiéndose á su hermana y señalándole á Moutier que partia con su brazada de leña.

La señora Blidot se sonrió, meneando la cabeza.

—Piensa, dijo, que solo desde ayer le conocemos, y que estamos aqui para servir á los viajeros y no para servirnos de ellos.

—Pero él no es un viajero ordinario, desde que nos ha dado esas criaturas, que ván á inundar nuestra vida de alegría y de dulzura. Es ese un presente que solo la amistad puede pagar, y yo, cuando aprecio y distingo á las personas las hago trabajar. Nada hay que deteste mas que esas gentes indolentes y ociosas que os ven atareadas sin ofreceros ni la yema del dedo para ayuda.

—Y teneis razón, señorita Elfy, interrumpió Moutier que habia oido las palabras de ésta á su hermana. Muy cierto es que yo no soy un viajero comun, porque atezoro hacia vosotras un inmenso reconocimiento por la carga que habeis querido sobrellevar, y creedme, la ingratitud no ha sido nunca el sello de mi caracter.

—Lo veo bien, señor Moutier, dijo Elfy sonriendo, y no teneis necesidad de asegurármelo con vuestras palabras, porque tengo el don de advertir.

Moutier se sonrió á su vez, pero no contestó; tomó una escoba y se puso á barrer la sala.

—Dejad esa escoba, interrumpió Elfy; tomad la esponja y el albero y cuando hayais lavado y secado la mesa y el hornillo, entonces barrereis.

Moutier obedeció punto por punto. Terminado que hubo.

—Mi comandante, dijo, ¿qué mas debo hacer?

—Muy bien, dijo Elfy, despues que hubo paseado sus miradas por la sala. Ahora, id á buscar leche á la granja inmediata, al salir de la aldea; os agradeceria que llevaseis á los niños con vos para que conozcan el camino y en lo sucesivo puedan ir solos á buscarla.

Moutier tomo la mano de Jacobo que tenia ya la de Pablo y los tres se pusieron alegremente en camino, saltando y riendo.

—Leche, si teneis á bien, pidió Moutier á una gruesa arrendataria que pasaba con un tarro de leche, recién ordeñada.

La arrendataria se volvió y miró con sorpresa esta nueva cara.

—¿Cuanto? preguntó al fin.

—A fé mia, no lo he preguntado, pero dadme lo de costumbre; vos sabeis lo que se toma todas las mananas.

—Seria preciso saber para quien.

—Para la señora Blidot, del Angel Guardian.

—Qué! ¿Estais á su servicio?—¿desde cuando?

—Desde ayer solamente.

—Es singular, murmuró la arrendataria, despachándole tres medidas de leche.

—¿Es preciso pagar? preguntó Moutier, llevándose la mano al bolsillo.

—Pero vos debeis saber que hacemos nuestra cuenta los martes, día de ajuste:

—Como solo desde ayer estoy en el pais, loignoraba— Buen día, señora.

La arrendataria le hizo un saludo con la cabeza y volvió á su trabajo, preguntándose por que la señora Blidot habria tomado á su servicio á un militar de que no podia tener necesidad.

Moutier se fué con las niñas, llevando su jarro de leche y riéndose del asombro de la arrendataria.

—Hé aqui desempeñada mi comision, dijo á Elfy al entrar. Apostaria á que vais á tenerla visita de la robusta arrendataria.

—¿Porqué?

—Porque manifesté tanta sorpresa cuando el dije que estaba á vuestro servicio que no dudó vendrá á buscar esplicaciones.

—¿Y porqué le habeis dicho... tal cosa? ¿Se ha visto invencion igual!

—Cómo! Pero si no es mas que la pura verdad... ¿No estoy enteramente á vuestro servicio?

—Me impacientais con vuestro hilaridad y vuestros retruecanes.

—Y sin embargo, no hay motivo para ello, señorita Elfy. Rio por que estoy contento, lo que no me sucede con mucha frecuencia. Un pobre soldado, lejos de su pais, sin padre ni madre, sin vinculos del corazon que lo ligen al mundo, puede olvidarse un instante de las tristes circunstancias de su vida y sentirse feliz, cuando inspira una sombra de interés y se vé considerado con amistad. He hablado á tontas y á locas talvez, empleando una burla de pésimo gusto, pero escusadme señorita Elfy, y pueda influir en vuestra generosa indulgencia la idea de que pronto voy á partir, sin duda por largo tiempo; no me hagais llevar una mala impresion de donde tantas buenas he recibido.

—Yo soy la que sin razon alguna, os he reprendido por una necesidad, mi buen señor Moutier, y á mí toca presentaros excusas. Es que hay tanto de ridiculo en la idea de que os hayamos tomado á nuestro servicio que temi se burlaran de nosotros.

—Teneis un poco de razon, señorita;—¿queréis que me vuelva á la granja, á decirle...—

—No, señor Moutier, interrumpió la señora Blidot,— todo eso no es mas que una niferia de Elfy—Joven y demasiado alegre, ha abusado de vuestra complacencia.

—Eso es lo que yo no admito, señora Blidot, y como prueba de ello me pongo nuevamente á las órdenes de la señorita Elfy y le pregunto en que debo ocuparme.

—Ayudadme á hacer el café y á calentar la leche, dijo Elfy riendo y un tanto ruborizada.

En breve estuvo pronto el desayuno; los niños lo aguardaban con ansia, y lo vieron servido con gran satisfacion y alegría. Cuando se acabó el almuerzo Moutier fué á dar su declaracion á la autoridad; las dos hermanas se dedicaron á su tarea cotidiana y los niños corrieron á divertirse al jardin. La mañana desiluzó de prisa y Moutier comió en compañía de sus buenas amigas y de los chicos y se dispuso á partir. Quiso abonar los gastos que habia hecho, pero la señora Blidot no lo consintió. Separáronse amistosamente y con gran sentimiento. Jacobo lloraba abrazando á su bien-

hechor y Pablo enjugaba los ojos de Jacobo; ambos, con sus pequeños brazos, rodearon el cuello de Capitan.

—Adios, mi buen Capitan, decía Jacobo; adios mi buen perro; tú contribuíste tambien á nuestra salvacion en la floresta, pues fuiste el primero en descubrirnos; tú trajiste á Pablo dormido sobre tu lomo; adios mi amigo, adios; yo no te olvidaré, como no olvidaré á mi buen amigo el señor Moutier.

Moutier se hallaba conmovido y triste; apretó fuertemente la mano de las excelentes hermanas, dió un último beso á Jacobo, la última mirada á la sala del Angel Guardian y se alejó rápidamente sin volver una sola vez la cabeza.

Los niños quedaron en la puerta hasta que vieron desaparecer á su nuevo amigo y protector; Jacobo enjugaba sus ojos. Cuando ya nada distinguió de su amigo, como él le lamaba, volvió á la sala y se arrojó llorando en los brazos de la señora Blidot.

—Ahora que el señor Moutier ha partido, voy no nos abandonareis, ¿no es cierto señora? ¿Guídateis siempre de mi hermanito y me dejareis estar con él?

—Pobre niño; no, yo no me separaré de vosotros; os tendré siempre á mi lado y os profesaré siempre el cariño de una madre. Y para empezar, te exijo, lo mismo que á Pablo, que en adelante no me llames señora, sino mamá.

—Sí, sí! exclamó Jacobo; seréis nuestra mamá, y reemplazareis á la pobre mamá que ha muerto y que era tan buena! Pablo, en adelante no dirás sino mamá á la señora Blidot.

—No, nó, quiero irme con Capitan y con Moutier, dijo Pablo.

—Pero si han partido.

—No importa, llévame con Capitan.

—Entonces, no quieres á mamá Blidot?

—La quiero, pero quiero más á Capitan.

—Déjale Jacobito, dijo Elfy, poco á poco se habituará y concluirá por querernos tanto como á Capitan y por llamar mamá á mi hermana y tía á mí. Tambien soy tu tia, ¿oyes?

—Sí, tia mia, dijo Jacobo abrazándola.

Jacobo, tranquilo ya sobre la suerte de Pablo, se abandonó á toda su alegría é inventó para entrenar á su hermanito una porcion de juegos; fuera de estas diversiones, buscaba constantemente la ocasion de ser útil á la señora Blidot y á Elfy, desempeñando sus comisiones, levantando los platos y sirviendo á los viajeros. A la tarde, se aproximó á la señora Blidot y le dijo con alguna timidez:

—Mamá, vos habeis prometido al señor Moutier, darme alguna comida para el pobre Torchonnet; lo acabo de ver llevando un grueso pan debajo del brazo y me ha hecho señas de que iba á buscar agua al pozo,—¿queréis darme alguna cosa para que lleve al tronco del árbol?

—Si, amigo mio—he aqui la comida, y si en lo sucesivo me olvidase, recuérdamelo para que separemos la porcion de ese niño desgraciado.

—Gracias, señora; sois tan buena como el señor Moutier.

Y al decir esto, salió Jacobo, llevandolas provisiones que debia colocar en el árbol inmediato al pozo. No tardó en ver llegar á Torchonnet que caminaba lentamente, y que enjugándose los ojos, se acercó al escondite devoró el alimento, llenó de agua el cántaro, saludó tristemente á Jacobo que le observaba desde el dintel de la puerta y volvió á tomar el camino de su posada.

Los días corrieron así, felices para Jacobo. Pablo y demás habitantes del Angel Guardian, tristes y sombríos para el infortunado Torchonnet á quien su amo maltrataba siempre sin piedad. Muchas veces Jacobo le ayudó en secreto á ejecutar las órdenes que recibia y que superaban á sus dé-

biles fuerzas. Cuando era un objeto muy pesado para transportarlo a una larga distancia, Jacobo y Pablo se le reunían a la salida de la aldea y le ayudaban a llevarlo. Cuando tocaba que hacer un largo camino, y se hallaba fatigado por el trabajo, Jacobo solicitaba permiso de la señora Blidot é iba en su lugar, mientras que él reposaba al pié de un árbol y hacía honor á las provisiones que le enviaba la señora Blidot.

UN PIÉ EN EL ABISMO.

(Traducción de Enrique de Vedia.)

Con frecuencia voy á casa de una buena vieja vecina, que me honra con su amistad. No hay, en mi opinión, sociedad mas agradable que la de una mujer que ha salido envejecer; su conversacion, á la vez instructiva y recreativa, es un tesoro inagotable de recuerdos, de anécdotas, de observaciones graciosas y de juiciosas reflexiones. Es la mas variada de las revistas retrospectivas. La señora Dubinago, (le presto por discrecion este nombre que no es el suyo), une á la amabilidad de su conversacion la de su carácter, de una gran dulzura y de una no menor indulgencia. Así, cada vez que me admite en su intimidad, siempre con impaciencia desusada, me parece que las horas corren con mas rapidez que si hubiese empleado el mismo tiempo en festejar á las reinas de los mas brillantes salones. Con un vivo sentimiento de pesar la veo avanzar un dedo hacia la aguja del reloj para indicarme que la hora de la separacion ha llegado, y vuelvo á mi casa con el espíritu mas rico y el corazón mas satisfecho.

La historia que voy á referir á mis lectores, me la ha contado antes la señora Dubinago.

En una bella tarde de Junio, la encontré sentada en su sillón, con su perro á los piés, acostado sobre un almoadon; tenia los ojos entrecerrados, la boca sonriente y parecia respirar con delicia el aire embalsamado que le enviaban los flores de su jardín al través de su ventana. Yo estaba conmovido de indignacion: uno de mis parientes acababa de ser victima de un odioso abuso de confianza; conté el suceso á la señora Dubinago y en el calor de la relacion desecé todos los males imaginables al culpable.

—Poco á poco amigo mio, dijo interrumpiéndome; manifestais demasiada inclinacion á enviar á la horca á las personas. ¿Sabéis si con la vida, no le quitais el mérito de rescatar mas tarde sus faltas, y si el instante señalado por vos para el suplicio, no es el instante señalado por Dios, para su arrepentimiento?

—Esa es una doctrina, exclamé, permitidme que os lo diga, querida vecina, algo subversiva del órden social.

—No permita el cielo en mi el deso de que la sociedad quede sin defenza; tal no ha sido mi intencion, y he querido significar únicamente que debeis dejar á la ley el cuidado de herir con justicia y con imparcialidad, pero que vos como individuo no debeis cerrar vuestro corazón á todo sentimiento de conmiseracion hacia un desgraciado cuya alma conserva todavia, quizas, alguna chispa de virtud que, una tencion favorable bastaria para reanimar.

Como ella me viese hacer uno de esos movimientos de cabeza que son una fórmula respetuosa de protesta, añadí:

—Podemos disponer de algunas horas; ¿ostais dispuestos á oír una historia?

—Una historia! exclamé, me guardaré muy bien de reusar oírta.

La señora Dubinago empezó así: M. C.... era el mayor de tres hermanos de los cuales el mas jóven residia en el Brasil, donde habia ido á busear fortuna; el segundo permanecia en Paris, donde se entregaba sin éxito al azar de las especulaciones. M. C.... á fuerza de trabajo y de economía, habia adquirido una modesta fortuna que le permitia entrever sin temor el instante del reposo. Completaba la familia una hermana de la que no tengo nada que decir, en atencion á que no desempeña ningun papel en mi relacion, porque se ausentó de la familia, dirigiéndose á Argelia en compaña de su esposo.

El hermano que habitaba en Paris especulando en los juegos de la Bolsa sufrió una de esas catástrofes súbitas que los juegos de bolsa acarrear con harta frecuencia. El pesar que concibió fué tan violento que murió al cabo de tres dias. Dejó por todo herencia un hijo y deudas. M. C.... dotado por la naturaleza de un corazón excelente y de un carácter muy susceptible en materia de honor, adoptó al hijo y tomó á su cargo el pago de las deudas á fin de mantener ilesta la memoria de su hermano; conducta tanto mas admirable, cuanto que tenia una hija que dentro de cinco ó seis años debia pensar en establecer ventajosamente.

Estevan, así se llamaba el sobrino de M. C...., era entonces un jóven de quince años; su padre entregado á sus especulaciones y á los cuidados con que le devoraban, habia desatendido completamente su educacion. Su retrato moral diseñado en esta época, no tenia nada de lisonjero; su inteligencia no habia sido cultivada y tenia nociones muy inexactas de lo justo y de lo injusto; para él el respeto de los derechos ajenos era solo una estúpida invencion de los hombres, condenada por la naturaleza, y la verdadera libertad consistia en hacer mal impunemente. Si algunos buenos institutos habian ocupado un lugar en el fondo de su corazón yacian adormecidos. Cuántas veces, mientras que su padre concentraba todas sus facultades en acariciar sueños de una realizacion imposible, se habia visto á Esteván hacer novillos y emplear en vagabundear por los campos las horas que debia consagrar á sus estudios. Tal era el origen de sus relaciones funestas con media docena de pillos, para quienes nada era sagrado, tanto en sus acciones como en sus palabras. De aqui, pues, empezó á desconocer la propiedad de los árboles y á acostumbrarse á torturar animales inocentes.

M. C.... reconoció pronto todo el mal ya operado en esta jóven organizacion, pero no desesperó de poner remedio á fuerza de cuidados, de paciencia y sobre todo de buenos ejemplos. Fué poderosamente ayudado en esta tarea por su hija, jóven de catorce años llamada Clemencia, niña privilegiada por la naturaleza que la habia adornado con todas las gracias del cuerpo y del espíritu; no se podia mirarla sin admirarla. Ejercia sobre los que se aproximaban una influencia tal que los buenos se sentian mejores y los malos pensamientos se evaporaban. Esta influencia no fué menos poderosa sobre Estevan que sobre los otros, y en poco menos de un mes se ofreció en él un cambio completo y satisfactorio, que llenó de alegría á M. C.... Una circunstancia á la vez feliz y desgraciada vino á detener de improviso á Estevan en la buena senda en que parecia haber puesto resueltamente el pié. M. C.... supo un dia por una carta procedente del Brasil que su hermano, de quien era el mas próximo heredero acababa de morir dejando una fortuna considerable. Esta fortuna consistia en tierras y establecimientos industriales que hubiera podido seguir administrando como lo habia hecho el precedente

propietario, pero M. C.... no se reconocia con aptitud para este género de industria explotado por su hermano y experimentaba una invencible repugnancia á expatriarse, y no sin mucha se decidió á pasar al Brasil para tomar posesion de la herencia y hacer su liquidacion; un secreto presentimiento le hacia mirar como una desgracia ó una falta ese viaje reclamado por sus intereses y los de su hija querida.

M. C.... partió despues de haber tomado todas las medidas suficientes para tranquilizar su espíritu. Habia colocado á Clemencia en una recomendable casa de educacion de Paris por todo el tiempo que durase su ausencia y á Estevan en un colejo, donde debian prodigarle los cuidados que exija su edad. Tenia entonces diez y siete años, y podria haberse burlado de su profunda ignorancia un niño de ocho.

Luego que M. C.... habia llegado al Brasil empleó la mayor actividad en organizar sus negocios; pero desgraciadamente el resultado no correspondió en nada á sus esfuerzos; cada dia surjian obstáculos imprevistos;—mas de un año habia transcurrido y estaba tan adelantado como el primer dia. Desanimado, desalentado, preso de esa consumidora melancolia que se llama nostalgia, atormentado de una inquietud de que no podia darse cuenta, tomó la resolusion de confiar á un comerciante la ejecucion definitiva de su liquidacion y embarcarse en el primer buque que se hiciese á la vela para Francia.

¿Que habia pasado en Paris, durante este año? Estevan alejado, devorado por el fastidio, dominado por la pereza, desapareció un dia del colejo, buscó y encontró á sus antiguos compañeros de vagabundage; todos habian seguido el mal camino y arrastraron al desgraciado jóven á una pendiente fatal que conducia á los lupanares de la sociedad. Desde entonces Estevan hizo compañía habitual con hombres depravados, de aspecto siniestro, de vestido andrajoso, de maneras brutales, de lenguaje grosero, adoptando sus costumbres y sus máximas. Con esa fisonomia desencorajada por el libertinage, sus vestidos de tela de escotado corte, sus cabellos enmarañados y su barba inculta, se le hubiese tomado por un bandido de treinta años, aunque apenas contaba diez y ocho.

En cuanto á Clemencia habia embellecido en gracia y en virtudes.

Os he conducido de Paris al Brasil y del Brasil á Paris; me seguireis al Havre si os place.

Un viagero que acababa de desembarcar, se hizo conducir á un hotel, donde no debia pasar mas que la noche, impaciente como se hallaba por subir al wagon al siguiente dia por la mañana para reunirse á sus hijos que deseaba abrazar.

Este viagero, lo habreis adivinado, no era otro que M. C.... feliz con sentir bajo sus piés el suelo de la patria. Apenas instalado en su aposento se acostó y se durmió con el mas dulce sueño.

Al dia siguiente por la mañana, apenas despuntaban los rayos del sol, cuando un individuo de mala traza subia las escaleras del hotel y se deslizaba en un corredor comun al cual se abrian las puertas de una docena de habitaciones. Era uno de esos ladrones cuya industria consiste en introducirse por la mañana en los hoteles bajo algun pretexto verosímil, aprovechándose de la primera puerta que tenga su llave en la cerradura para apoderarse ya de una valija, ya de un reloj si es posible, y si son sorprendidos por el inquilino se retiran con las manos vacias escusándose con haber equivocado la puerta. Pero esta vez era fácil conocer en la marcha indecisa del ladron que ensayaba su

primer golpe. Despues de una lucha inferior bastante prolongada, vé una puerta entreabierta, el ladron pasa primero la cabeza, despues una pierna, en seguida el resto del cuerpo. En este último movimiento hace algun ruido. L a persona que ocupa la cama se despierta y.... Estevan quedó aterrado á la vista de su tio!....

(Continuará.)

A NUESTRAS LECTORAS.

Baje al fondo de mi sombría imaginacion el fuego resplandeciente de la inspiracion, ya que no me es dado, moderno Prometeo, escalar la alta techumbre para robarlo á los cielos.

Tiñan mi paleta todos los suaves colores del ánjel de la poesia, que quiero dar formas á una vision ideal que vaga fluctuante ante los ojos de mi espíritu, que acarician mis sueños y halaga mi fantasia.

Murmuren los arroyuelos y las fuentes, entonen las aves su melodioso canto, que quiero inspirarme en la armonia inefable de la naturaleza, remodo de su voz angelical que vibra en mis oídos.

Ostante la bóveda del infinito su mas puro y diáfano color, que quiero diseñar la orla transparente de su traje, que esclaviza mis ojos, embarga mi pensamiento.

Despida el sol sus rayos mas vivos y penetrantes, que anhelo-beber inspiraciones en los puros relámpagos de sus ojos, mil veces mas vivos que los rayos que se desprenden del carro de Apolo.

Ruede la noche y la luna pálida y serena brille en la techumbre azul, con su séquito de estrellas, que quiero pintar la candidez y ternura inimitables de su semblante poético, y el manto estrellado de pureza de sus divinas formas.

Exalen las flores su mas subyugante perfume, que en aura evaporante trazaré la huella vaga de su hábito perfumado, escapándose de la entreabierta granada de sus labios purpúreos.

Venga á mi paleta el indefinible carmin, que quiero trazar en su rostro la huella fugitiva del rubor!

En mi anterior conversacion os he hablado de cómo entendia yo la mision augusta de la mujer en el vasto teatro de la vida.

Completaré mi pensamiento. Siempre he anhelado ver á la mujer circundada de una aureola de misterio, de castidad y de modestia; siempre me he complacido en amarla y admirarla en los limites estrechos de su apacible mansion, y nunca he podido comprenderla ni estimarla fuera del radio encantador de la familia.

Me parece que alli asume y ejerce la mujer todo el prestigio de su hermosura, de su gracia, de sus virtudes,—soberana por el amor del espléndido imperio de las emociones!

Qué timbre armonioso el de su voz, inocente como el canto tierno del ave, qué vá á repercutir en las cuerdas vibrantes del alma!

Qué dulce, sencilla y virginal la expresion de su rostro, que no acaricia otro ambiente que el balsámico ambiente de su morada!

La infancia con todo su cortejo de risueños atractivos, con toda la frescura de sus vírgenes emociones, vive siempre en el corazón de la mujer, como yo la pintó.

Mas figuraos por un instante á la mujer descendiendo las gradas del alto capitolio moral en que la naturaleza la ha colocado, para evocar á sus ojos horizontes de otro destino,—dominada por el anhelo incomprendible de esparcir los ecos de su voz por bóvedas mas dilatadas y retumbantes que las de su tranquilo hogar;—figuraosla, penetrando impasible, sin rubor en la frente, sin conmocion en el cuerpo, sin estremecimiento en el alma, sin ofuscacion en el espíritu; sin embarazo en las formas, al público escueario de un vastísimo y poblado teatro, donde debia oír su voz firme y sonora, bajo el peso de las miradas de miles de espectador res....

No se experimenta un dolor en el alma y no se abren los labios, como para conjurar una tempestad que asoma en los límites visibles del horizonte?

No se subleva el corazón, y estalla por los labios con el grito previsor que formulan las palabras—no es esa tu misión?

Podría pensarse que la caridad la impele, pero, ¿quién la induce en la persuacion de que una exhibicion parcial atrae el contingente universal?

¿Quién dice que un pueblo, cuyo mas bello timbre es la caridad necesita para ejercerla de la atraccion irresistible de la novedad y de la hermosura?

La mujer es el ángel de la caridad, pero el ejercicio de la caridad para ser mas grato á Dios y á nuestra conciencia, llama hacia si las sombras del misterio.

Ved los cautos pliegues de aquel vestido que se esconde á través de una puerta sombría, que como fiel dagarreotipo, retrata la desgracia... Esa es la caridad!

La mujer es la mariposa del jardín del hogar doméstico, acariciando con sus alas de mil matices las flores que le presentan el almibar de sus corolas.

Muger! que tu rostro, espejo de pureza, no empañe un hábito asixiado, ni tu frente se ostente sin la aureola del misterio y de la modestia.

ALCIMO.

LA FLOR DEL AIRE.

¿Quién pudiera penetrar las miras de la Providencia en sus obras!—Si tal le fuera concedido al hombre, entonces yo sabría cual es el misterio que tú representas, ¡oh fragante flor de los aires!

Las plantas como el hombre, nacen y viven apegadas al suelo; ellas arraigan en la tierra el principio de su vitalidad, así como los humanos cifran en ella sus esperanzas y deseos.

Tú, como el alma impercedera, te levantas á region mas pura, y en la parte mas fluida de las auras difundes tu perfume, sin igual en deleite y dulzura.

Si el cuadro todo de la naturaleza es un libro simbólico escrito con caracteres misteriosos; dime ¡oh flor! ¿qué idea representas? ¿qué voces, qué lecciones, nacen de tu caliz para instruccion y gloria, de criaturas mas perfectas que el hombre?

Representas la virtud?—A esa virgen de plantas tan delicadas que se lastiman al tocar las asperezas del suelo? ¿Que horrorizada de la maldad del mundo, solo pasa por él rápidamente, iluminándole con los placidos destellos que se desprenden de su aureola inmortal?

Representas los castos deseos, las puras aspiraciones de los corazones amorosos y tiernos? ¿O eres el emblema de las esperanzas que se fundan en la virtud?

Revéleme los misterios de tu ser y de tu existencia: sacia la curiosidad del mas apasionado de tus admiradores, y alzaré en mis entrañas un templo consagrado á tu memoria.

Cuando los amigos que lloran en las orillas del Adriático, me piden nuevas de tus maravillas, porque á pesar de tu modestia tu fama llena el orbe ¿qué les diré?

Les diré que tus pétalos son lucientes y cándidos como la nacar de Ceylan; que tu fragancia incita al deleite como el seno palpitante de una Veneciana? No; yo no ajaré tu gala y lozania, para aumentar una página al libro yerto y descolorido de los botánicos.

Si el velo del misterio ha de permanecer corrido ante mi mente ambiciosa, permíteme que te considere con los ojos de la fantasia, y te pinte cual ellos te miraran.

Reina de las flores perfumadas, el solio en que te ostentas es magestuoso cual ninguno. Tú no mandas ni despotizas como las deidades de la tierra; pero sometes á tu imperio con el íman de tu fragancia.

Tienes para contemplar tus gracias no el frágil cristal en que se contempla la pasagera belleza de las hijas del hombre. Las linfas saludables y transparentes del magestuoso Paraná, se detienen á reflejar tu imagen y á coganarse con ella.

Moras en el tronco de los naranjeros, ó en las espinosas ramas del ceibo: el azahar es pálido á tu lado, y la encendida flor del ceibo te sirve como de regio y purpúreo atavio para realzar tu blancura.

Te alimentas de la luz y del aire, como las cristuras de mas venturosos planetas: la serpiente nunca silva al rededor tuyo: solo los melancólicos arrullos de la tórtola, solo la armonía de las aves, resuena dentro de la esfera de tus emanaciones.

Generosa eres como bella, y contribuyes á sostener la vida de otras criaturas, como tú, obras acabadas del hacedor. Otras plantas menos favorecidas y privilegiadas sirven de pasto á torpes y corpulentos animales: tú dispensas el almibar de tu caliz al vagaroso pica-flor, brillante como el iris.

El trébol, la violeta, la margarita que hermosean la estension de los campos, sirven de lecho regalado á los reptiles, cuyo hábito inundo las empaña y entristece. Tú meces en tu tallo á la dorada mariposa que derrama en tu corola el luciente polvo de sus alas.

El Sol, lleva hasta ti, sus rayos amorosos por entre la espesura del follaje. En las tinieblas de la noche la luminosa fúciernaga, te inunda con su ísforo, y entonces el pasagero puede contemplar tu belleza, apesar de las sombras que ocultan á las demas flores.

Las gotas del rocío son las perlas que orlan tu frente: los rayos del dia se desatan en ébras de colores, al tocar aquellos frágiles globulillos; y entonces—¿cuál es la poder

rosa muger que pueda con los tuyos parangonar sus joyeles?

Oh! si tu nacieras á la margen de aquellas célebres lagunas que strcan las lujosas gondolas, cargadas de amor y de delicites; entonces, con mayor razon pudiera llamarse bella á la ciudad de mis padres.

Pero nó: el aire corrompido de las ciudades te agostaria, y el hábito salino del Adriático te infundiria gérmenes de muerte. Vive en el silencio de los bosques grandiosos y virgenes, lejos de la mano del hombre que todo lo emponzoña.

Dos instantes he sido feliz en esta vida: cuando vi la sonrisa de Laureta, y cuando te contemplé por vez primera. Contaré el tercero, si al término de mi peregrinacion, me dice la conciencia que he conservado el alma tan pura y cándida como las hojas de la flor del aire.

JUAN MARIA GUTIERREZ.

Buenos Aires, 1838.

COMPENSACION.

Feliz el corazón donde se asila
El rico manantial de la piedad,
Y ampara al infortunio, que aniquilla
La suerte de la mísera horfandad!

Feliz la que sonriendo de esperanza,
Firme, del lecho de agonia al pié,
Combate de la parca la acechanza,
Henchida su alma de ilusion y fé!

Felice, quien levanta al moribundo
Del abismo á que rueda, sepulcral,
Y logra saborear, dulce, profundo,
De su accion el deleite celestial!

Tú al huérfano paciente
Cubriste con el manto
De espirital encanto,
Que viste la piedad:
Feliz de tí, mil veces,
Pues tienes la conciencia
Que vence la inclemencia
De ruda adversidad!

En la morada eterea
De paz y de armonía,
No sientes de alegría
Las voces estallar?
Se aplaude al heroismo,
La invicta simpatía
Que al lecho de agonia
Te impulsan á la par.

Tambien allí sonrien
Con alegría inmensa,
Con expresion que intensa
No es dado traducir,
Los seres á quien debés
El tuyo, peregrino,

Cayo elevado sino
Llevó lejos de tí.

Si, miralos sonriendo,
Pintada la bonanza
De quien feliz, alcanza
Colmada su ambicion.
Cada uno de esos rasgos
Que tu destino elevan,
A su morada llevan
Dulcísima emocion!

Feliz de tí, que acojés
Con inefable gozo
De tu hado tan grandioso
La espléndida misia.
Que llevas en tu seno,
A la horfandad sensible,
La fuerza irresistible,
Que triunfa del dolor!

A.

LAS DOS VIDAS.

Nace el hombre, y á la vez
Nace con él, la ilusion.
Todo en esta vida es,
En la infancia y la vejez
Ficciones del corazón.

Hastiado el hombre del mundo,
Finge otro mundo mejor.
Talvez (misterio profundo)
En el arcano segundo
Hay una ilusion mayor.

Si solo hay verdad deseada,
¿Cual es pues, la mejor vida
Siendo las dos vidas nada?
Esta ilusion realizada
O aquella desconocida.

R. G.

1862.

La flor del aire.

La produccion poética de Juan Maria Gutierrez que publicamos en este número nos ha sido facilitada entre otras composiciones de no menos mérito, que iremos publicando sucesivamente—Ignoramos si ha visto ya la luz, pero de todos modos es nueva aun.

La flor del aire que poseemos, es una copia del original, sacada por uno de sus mas entusiastas admiradores—el Sr. D. Gervacio Posadas, quien la encerró bajo un sobre, con estas delicadas palabras que imprimen la mas justa y bella de las recomendaciones:

«Poesia fragante como la flor misma, emanacion vaporosa y sublime como la imaginacion de mi amigo Juan Maria Gutierrez.»

Apuntes para la historia.

Debemos á la deferencia del Sr. General D. José Brito del Pino haber llenado algunos vacios que se notaban en los nombres que suscriben la nota de incorporacion al gobierno argentino, que dirigió la representacion nacional

instalada en la Florida el año 23, y que publicamos al frente de este número.

Obras útiles.

Hemos sido obsequiados con una colección de las obras del Sr. D. Antonio T. Caravia, de las que nos ocuparemos en el próximo número,—habiéndonos sido imposible hacerlo en éste.

Agresiones católicas.

Todos los números del periódico semanal que recientemente ha venido a iluminar con la luz del catolicismo la oscuridad de la prensa, se han detenido con una insistencia singular en observaciones sobre el texto nacional del *Sistema Métrico*, que como ya hemos anunciado, en breve verá la luz—el *Compendio* por la imprenta tipográfica en que se imprime este periódico, y el *Manual* por la imprenta del *País*.

¿Qué significación tienen esos ataques que no se dirigen a nada real?

¿Conoce acaso el articulista las obras de que se trata?

¿Sabe las dimensiones de que constan?

¿Sabe que se trata de ediciones en número de *doce mil* ejemplares?

¿Cree que la impresión de esas obras equivale a la impresión de un número de *El Católico*?

Suba el articulista al punto culminante que le marca el progreso, de cuyo seno parte su imprenta: deténgase en la contemplación de su carátula que muestra una prensa iluminada por los rayos del astro universal, y convendrá entonces con nosotros en que sus vanos ataques no tendrán mas resultado que el de las agresiones de D. Quijote al molino de viento.

Impugnación.

EL PLATA nos permitirá que no consideremos su impugnación a uno de los colaboradores de *El País* en la esfera delicada que prescriben la razón y la justicia,—que no apreciemos su alusión como un tema literario, sino como un ataque personal.

El colega ha ido a las formas, abandonando su puesto de honor—¿Qué dice de la idea?

Poesía.

Publicamos hoy lo que a última hora se nos remitió y que creíamos no poder incluir en esta entrega.—*Las dos vidas*—composición de un joven compatriota, que aunque no exenta de defectos, revela una inteligencia poco común en su autor—No pretendemos lisonjearle; le invitamos a no desalentar en su carrera, y a elegir para templar su lira otros temas que los temas gastados del amor, de los desengaños, de la indiferencia—Levante su vista a mas arduos y sublimes horizontes; temple su espíritu y su alma en las grandes y difíciles empresas; desarrolle su genio, familiarizándolo en las inspiraciones varoniles de la patria, de la libertad, del progreso! Muy vasta es la misión del poeta y nuestro joven y modesto compatriota revela genio para emprenderla.

A. DE V.

Memoria histórica.

Acaba de aparecer, por la imprenta tipográfica a vapor, donde se publica este periódico, un folleto que comprende la memoria histórica del Hospital de Caridad, desde su fundación, por el Sr. D. Isidoro De-Maria, quien ha dedicado su bello y útil trabajo a la Comisión de Caridad, que tanto ha contribuido al progreso material y moral de aquel benéfico asilo.

Felicitemos al Sr. De-Maria por el importante servicio que le ha tocado rendir a la historia, presentando un cuadro vivo de los mas bellos actos de que puede enorgullecerse un pueblo culto, y salvando del olvido nombres que la gratitud nacional se encargará de premiar.

La memoria histórica a que aludimos, destinada en un principio a ver la luz en *El País*, pero hecha imprimir en folleto por la Comisión a quien está dedicada, es una obra que honra altamente al país y al autor.

A. DE V.

Le Progrés.

El periódico francés que con este título se publica en Buenos Aires, registra últimamente una correspondencia de esta ciudad en que siguiéndose el rastro luminoso que ha dejado en pos de sí la opinión profética de otros señores, se augura muy corta duración y muy poco éxito al periódico que dirigimos.

El eminente profeta ha esperado a la segunda entrega para lanzar su tremenda y fatídica sentencia!

Quizá porque sus dotes maravillosos le hacían presentir ciertas desagradables apreciaciones; que no nos es dado borrar.

En realidad, que falta algo al brillo y a la solidez de nuestra empresa.

¿Por qué el progresista correspondiente no nos asiste con su contingente, escudándose así contra los embates del destino?

Sería mas noble y mas sensato que vertir opiniones sin fundarlas, no creyendo por nuestra parte que sea fundamento la doble inicial que llevan al pie.

Sumario.

Apuntes para la historia de la República Oriental del Uruguay, por D. Carlos Anaya.—Los negros de Africa y sus idiomas, por Adolfo Vaillant.—Pensamientos políticos y máximas morales, por el Dr. D. Enrique de Arrascaeta.—Derecho internacional privado, por el Dr. D. Gregorio Pérez Gomar.—Publicaciones, por D. Agustín de Vedia.—La hosteria del Anjel Guardian, traducción de D. Agustín de Vedia.—Un pie en el abismo, traducción de D. Enrique de Vedia.—A nuestras lectoras, por Aleimo.—La flor del aire, por el Dr. D. Juan María Gutierrez.—Compensación, poesía de A.—Las dos vidas, idem de B. G.—Varias materias.